

*UN TORERO EN NUEVA YORK.
SOBRE LA CONFERENCIA DE IGNACIO
SÁNCHEZ MEJÍAS EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA¹*

Pedro Romero de Solís²
Fundación de Estudios Taurinos



El año 1927 fue un año crucial tanto para Ignacio Sánchez Mejías como para las letras españolas. En dicha fecha el matador decide, por segunda vez, retirarse de los ruedos. La primera lo había hecho en 1922 y, como él mismo confesó a su amigo, periodista y biógrafo, Federico Alcázar, se marchaba en el mejor momento de su vida de torero y añadía textualmente: «no puedo, no quiero continuar esta lucha en la que el enemigo menos peligroso es el toro» (Alcázar, 1999: 159). Naturalmente se refería al público que había cambiado de actitud y mostraba hacia él una animosidad tan injusta como creciente³. A Sánchez Mejías, el mismo público que había adorado a *Joselito*, que

¹ Este artículo es una versión retocada de una anterior que publiqué, como introducción a la primera edición de la «Tauromaquia de Sánchez Mejías», en la revista *Qutes* (Valencia, Diputación Provincial, 1987, n.º 6, págs.13-20 y 23-35, respectivamente).

² Profesor titular de Sociología de la Universidad de Sevilla y director de esta *Revista*.

³ Este es un fenómeno social que se repite igual a sí mismo a lo largo del tiempo que ha afectado a grandes toreros antes y después de Sánchez Mejías: por ejemplo, fueron sus víctimas, *Guerrita* y *Manolete*.

lo había visto torear con él y le había aplaudido, era el mismo que le negaba ahora que ocupara el lugar que el héroe fallecido había ostentado en los ruedos.

Así pues, los años de actividad de Ignacio fueron otros tantos de trágico combate: de una parte, contra los toros en faenas de vibrante valor y, de otra, contra el público que le era permanentemente adverso. Tan pronto como desapareció *Gallito*, el valor, la ambición, la voluntad de Ignacio Sánchez Mejías le hicieron el único candidato para ocupar ese lugar custodiado por una huérfana afición llena de rabia. Y, mientras que periodistas, literatos e intelectuales empezaban a considerar a Sánchez Mejías como el «continuador», el público, por el contrario, le cerraba obstinadamente el camino exigiéndole, día tras día, una entrega despiadada.

A pesar de una situación tan difícil, haciendo honor a su carácter indomable, al año siguiente, volvía al combate. Mas, aunque comienza con la temporada muy adelantada, muy pronto vuelve a colocarse en cabeza de cartel y los empresarios se lo rifan para dar relumbre a sus ferias. Conquistado, de nuevo, el vértice del escalafón, Ignacio Sánchez Mejías allí se mantiene hasta la mencionada campaña del 27. Es en esta última temporada en la que, después de haber lidiado cuarenta y cuatro corridas y haber cortado casi otras tantas orejas, decide, por segunda vez, retirarse. Lo hizo en Pontevedra, el 30 de julio, con toros de Murube, dándose la curiosa circunstancia de que, aquel día, Rafael Alberti hizo el paseíllo vestido de peón formando parte de la cuadrilla del matador según se lee en las memorias del poeta publicadas bajo el título de *La arboleda perdida*. Alberti, en aquella peripecia, evoca el memorable acontecimiento para levantar acta de la distancia que media entre

ponerse armado de la pluma delante de un soneto y perfilarse, montada la espada, frente a un toro (1975: 253).

Sánchez Mejías, desilusionado, le confiaría a su amigo Federico Alcázar que se sentía solo en la fiesta y, como estaba convencido de que le trataban injustamente, había tomado la decisión de marcharse. «Y lo hago –precisaría– en la plenitud de mis facultades y de mi arte» (Alcázar, 1999: 49). Hoy sabemos que si es cierto que se retiraba lo era también que, mientras se jugaba la vida de plaza en plaza toreando con un valor excelente, dentro de su alma obraban ya otras tendencias espirituales, se abría camino, dentro de sí, una nueva expresión artística. En su última temporada –en realidad, la penúltima pues en 1934 volvió a retornar para entregar su vida–, en la de 1927, además de las corridas lidiadas, sabemos que rechazó ochenta contratos. José María de Cossío escribió, refiriéndose a la época que precedió a su retirada, que «todos los que conocíamos la intimidad de su pensamiento veíamos, claramente, cómo la inquietud de su espíritu le aleja del toro... y lo llevaba hacia el cultivo de la literatura, nuevo género de lucha que, en ese momento, le seducía más que la de los toros» (Cossío, II, 1986, 878b). En consecuencia, Sánchez Mejías, en 1927, torea tan sólo tres tardes. Es en ese contexto en el que el 3 de julio, en Pontevedra, anuncia su segunda retirada.

Ahora bien, el hecho de que se pudieran representar en 1928 dos obras de teatro suyas –*Sinrazón* en Madrid y *Zaya* en Santander– resulta ser, a la postre, la prueba más firme de que las preocupaciones literarias y la reflexión intelectual habían prendido en su alma mucho antes de que hiciera pública su despedida de los toros por lo que nos es lícito suponer que esa nueva inquietud por escribir, esa aspi-

ración irrefrenable por vivir a fondo la vida de escritor según lo reclamaba una parte de la vanguardia literaria de la época, fuera la causa principal de su «retirada».

En efecto, ya en 1925 había librado la primera escaramuza en el mundo de las letras: en ese año y en el Ateneo de Valladolid leyó, con éxito, algunas páginas de una novela que estaba escribiendo. Por otra parte, en el periódico sevillano *La Unión* había publicado las crónicas de algunas de las corridas en las que él mismo tomaba parte, como trata, con el detalle necesario, el prof. Bernal en este mismo número de la *Revista de Estudios Taurinos* (ver págs. 69-96). Parece, pues, que nada fuera suficiente para satisfacer el espíritu inquieto, la necesidad de ponerse a prueba, la exigencia de superación que, en todo momento, su implacable espíritu le reclamaba.

No es mi cometido abordar la interesante obra literaria de Ignacio Sánchez Mejías que será abordada en las próximas páginas por otros estudiosos, sino sólo mencionarla para señalar que su retirada de los ruedos, unida al reestreno en Madrid de *Sinrazón*, hizo creer a muchos, empezando por su amigo y seguidor José María de Cossío, que el matador iba a vivir y pensar definitivamente al margen de los ruedos. Pues no. No fue así. Ya en aquel mismo verano presentó en Santander otra obra, *Zaya*, donde el tema taurino retornaba planteando el vacío que supone, para un matador, vivir lejos de los ruedos.

Será, precisamente, en este período de 1928 a 1934 en el que vive retirado de los ruedos y dedicado, sobre todo, a la literatura, al teatro, al flamenco y al deporte, donde se inscribe la conferencia sobre *Tauromaquia* que pronuncia, en 1929, en la Universidad neoyorquina de Columbia.

Antes de seguir adelante quisiera avisar que el contenido de su conferencia constituye un documento muy notable



Lám. n.º 3.- En el andén preparados para ir a la Feria. Ignacio con su esposa Lola Gómez Ortega, hermana de *Jose-lito el Gallo*, sus hijos y sobrino (archivo familiar).

para entender el significado profundo que atribuía el matador a la fiesta de toros. Sánchez Mejías era, como he dicho, además de torero, un *sportman*, le seducía la velocidad y conducía deportivamente los automóviles; amaba el riesgo en todas sus modalidades hasta el punto de llegar a ser un consumado piloto en un momento en que los aviones no ofrecían, ni mucho menos, la seguridad de hoy en día (Láms. n.º 12 y 13). Adelantándose casi medio siglo al famoso Marqués de Portago, Ignacio fue de los primeros españoles en lanzarse en trineo por pistas de hielo en descensos vertiginosos donde alcanzaba velocidades a las que, entonces, no llegaban siquiera los automóviles más potentes (Lám. n.º 11); era tan amante del fútbol que llegó a ser presidente del Real Club Betis Balompié; le encantaban los caballos y, además de acosar y derribar y ser un consumado jinete a la vaquera, participó en competiciones de polo alzándose con premios suficientes como para acreditarlo como que excelente jinete (Lám. n.º 7). Mas, aunque en su texto de Columbia, algunas veces recurra al símil de la competición deportiva para hablar de la tauromaquia, enseguida señala la evidente diferencia, puesto que, entre los españoles, en la asunción colectiva de los valores que soporta la lidia de reses bravas se funda buena parte de nuestra idiosincrasia. En efecto, para Ignacio Sánchez Mejías, la tauromaquia, mucho más que un deporte, era algo constitutivo del ser hispánico, dicho con palabras contemporáneas, pertenecía al tesoro de nuestra identidad.

Las circunstancias que rodearon esta curiosa y extraña intervención de un matador de toros en una de las Universidades más prestigiosas de EE. UU. están estrechamente ligadas, de una parte, con la presencia de su amigo Federico García Lorca en Nueva York y, de otra, a la importancia que atribuía

Sánchez Mejías a que el baile español, en especial, el flamenco, conquistara la escena mundial. Eran los años, recuérdese, en que el *Amor brujo* de Falla alcanza renombre internacional



Fig. n.º 2.— *La Argentinita* y su hermana Pilar en el zapateado del maestro Turina (García-Ramos y Narbona, 1988: 199).

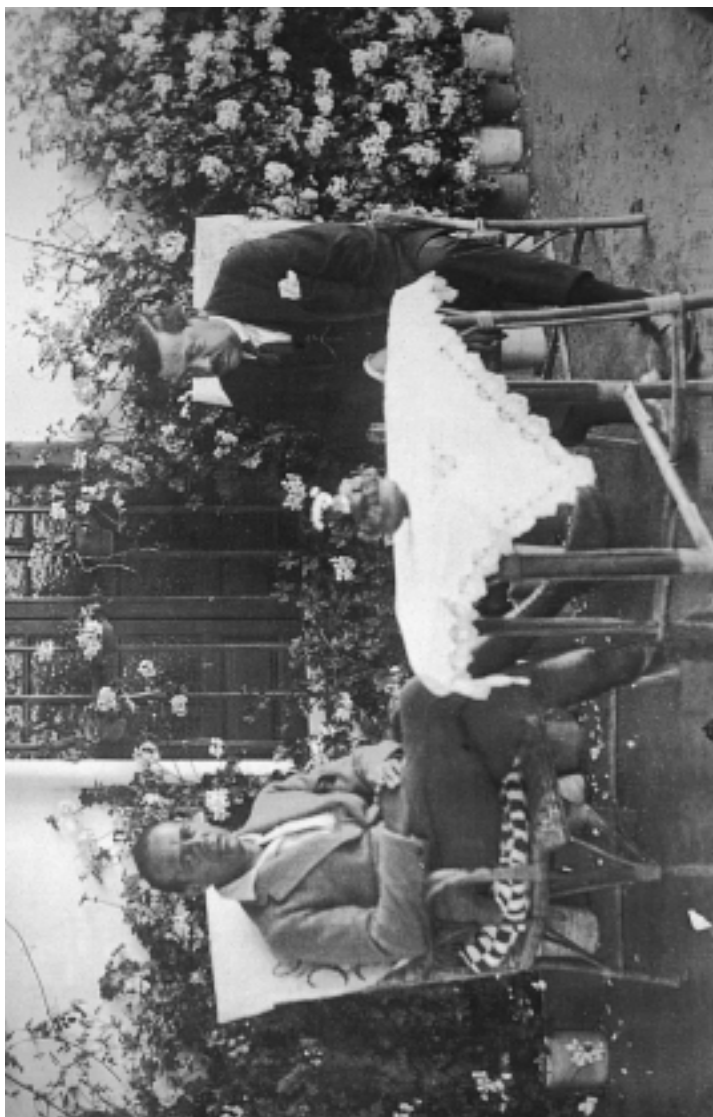
gracias a la genial interpretación de *La Argentinita*. Según la tradición oral de la que soy receptor, parece ser que Sánchez Mejías había viajado a esa ciudad para tratar con Federico que armonizase varias de sus canciones como, por ejemplo, *Los cuatro muleros*, *Anda jaleo* para el espectáculo *Las calles de Cádiz* que, con gran entusiasmo, preparaba. García Lorca le propuso, sobre la marcha, una transacción inesperada, a saber, que mientras él componía la música, Ignacio acudiera

a la Universidad y explicase a sus alumnos norteamericanos lo que entendía por Tauromaquia. Las notas previas a la confe-

rencia, que fueron originalmente manuscritas a lápiz en papel timbrado del Hotel Ausonia, me llegaron gracias a la buenos oficios que Antonio García-Ramos había hecho cerca de Pilar López, la genial intérprete de la danza española, que como se sabe estuvo muy vinculada biográficamente a los artistas de la generación del 27, que las guardaba (Fig. n.º 8).

Ignacio Sánchez Mejías utilizó el procedimiento de explicar lo que era la Tauromaquia por su relación simbólica con la lucha entre la Vida y la Muerte. Para ello recitaría un glosario de las voces que corresponden a los elementos esenciales de la lidia. Definió el toreo español que se practicaba en las plazas de toros empezando por los animales que intervienen: el toro bravo y el caballo. A continuación, los instrumentos que en el curso de la ceremonia se utilizan: el capote, la pica, las banderillas, la muleta, el estoque y la puntilla para, finalmente, ensamblar las voces y, de la mano de Don Quijote y Sancho, desvelar sus significados. Algunas referencias a la supuesta crueldad de la corrida de toros interceptan brillantemente este trayecto.

Sánchez Mejías piensa que la reivindicación desde los Estados Unidos, desde el extranjero, de la fiesta de toros, como primera medida, exigía liberar a las corridas de la acusación de crueldad. En efecto, ha sido el componente sacrificial –quizás, el más arcaico– el que resulta particularmente incómodo para los espectadores de la fiesta de toros que no pertenecen a nuestra cultura católica y sí, en cambio, a la protestante o al ámbito de su influencia contemporánea. Sin embargo, el raciocinio de Ignacio no se dirige por ese registro pero, tampoco abdica de su principal exigencia, la sacrificial: el toro, según él, o se come o se torea pero, en todo caso, se mata. Mas como es consciente



Lám. n.º 4.- Ignacio Sánchez Mejías con *Galerín*, crítico de toros y concejal del Ayuntamiento de Sevilla por el Partido Radical, sentados en el porche de Pino Montano (archivo familiar).

de la escenificación que conlleva la corrida de toros, declara, abiertamente, no tener el menor inconveniente en clasificar a las corridas de toros entre las «crueldades universales». Pero, inmediatamente, avisa que, en España, la fiesta no se deleita en la violencia y, a ojos del espectador, la crueldad es, simultáneamente, «vista y no vista». «Vista» en el sentido que el espectador la ve, toma nota de ella, la procesa y la integra sin, prácticamente, percibirla. Y «no vista», en la medida en que, al espectador, no parece afectarle emocionalmente. La corrida está bajo el dominio cultural de la ceremonia ritual y, por eso, el drama ha sido certeramente organizado, ordenado, disciplinado, es decir, tan estructurado que el espectador, capaz de captar la totalidad de su sentido, no fragmenta los instantes, no aísla, no hipostasía los detalles cruentos hasta el punto de permitirle que cobren una dimensión independiente y escandalosa. Según Ignacio Sánchez Mejías, en nuestros cosos, el espectador capta el sentido total del espectáculo y los detalles, que revisten a los ojos de los extranjeros una crueldad execrable, no son sino momentos necesarios y fugaces de una unidad completa y trágica. La diferencia de percepción entre forasteros e indígenas es consecuencia de una educación artística que no es resultado de un instante, sino consecuencia de muchos siglos. Es así que España, país de artistas visionarios, presencia las corridas de toros sin dar importancia a la dimensión cruenta de la fiesta porque, en ella, se dirimen y están en juego valores artísticos y vitales, fundamentales e irrenunciables. Además, por otra parte, «mientras los seres humanos hablen tranquilamente del número de hombres que cada nación puede matar en un

momento determinado –observa Sánchez Mejías–, hablar de la crueldad de las corridas de toros es ridículo»⁴.

Así pues, «rechazada esta compasiva preocupación», el torero proclama, ante sus alumnos norteamericanos, que «el toreo no es una crueldad sino un milagro. Es la representación dramática del triunfo de la Vida sobre la Muerte y aunque algunas veces, tal como en la tragedia griega, mueran el toro o el hombre, el contenido artístico de la lidia brilla sobre el instante y perdura por los siglos» (Sánchez Mejías, 1987: §14).

La definición de la corrida de toros a partir de los elementos que la componen es, para Sánchez Mejías, tan sólo la expresión del conocimiento más inmediato, el primer umbral del saber de la Tauromaquia, por eso, desde los primeros renglones ya nos irá revelando otros significados que no estaban situados en la superficie aparente de la fiesta sino hundidos en sus contenidos simbólicos. En suma, intentará hacer comprender a los oyentes de Nueva York que la fiesta brava no es ni una diversión frívola, ni siquiera, como ya hemos visto, una confrontación deportiva entre hombres y animales, sino una formación de alta cultura, una elaboración iniciática, un conocimiento que no es otro, en el límite, que la ciencia de la Vida.

Las primeras referencias de Ignacio son para los animales que participan del espectáculo: el toro y el caballo. El toro es, sin duda alguna, «el principal protagonista de la fiesta». Es preciso persuadir –insiste Sánchez Mejías– a los extranjeros que los toros de lidia son fieras, que en nuestras

⁴ Recuérdese que Sánchez Mejías escribe entre las dos Guerras Mundiales y lo hace desde la experiencia de los millones de muertos que había costado la primera de las dos grandes conflagraciones planetarias y en un momento en que todavía no podía saber que la segunda iba a costar la muerte de más de treinta millones de europeos. Para su talante «comprometido» leer, en este mismo número de la *Revista*, la contribución de Carlos Martínez Shaw.

tierras han existido siempre, que no son animales lamentablemente substraídos a la agricultura, que no han sido irresponsablemente extinguidos como ha ocurrido en otros países desde los que se alzan ahora, después de haberlos aniquilado, las voces más críticas, sino que son indomables, que no aceptan el yugo y que están siempre prestos a matar. Desde el fondo oscuro de nuestros paisajes amenaza el toro, el Adversario. El equilibrio de la naturaleza española, el equilibrio de nuestros paisajes, reclama la existencia y la actividad de un depredador, del matador de toros, que señale, con su heroica tauromaquia, la frontera entre la Naturaleza y la Civilización y cierre el paso al Adversario. El toro es, para Sánchez Mejías, la representación misma del Mal, y la Tauromaquia la ceremonia ritual de su reducción. El toro bravo es, para nosotros, la representación del Maligno porque es una feroz excrecencia de nuestra tierra. Para Ignacio el toro bravo es una emanación atroz que surge en lugares únicos y concretos de las tierras de España: por la vertiente navarra de los Pirineos, en los campos de Salamanca, en Las Marismas del Guadalquivir. Precisando, se dirigirá a los alumnos americanos haciéndoles ver que, de la misma manera que el petróleo tiene un lugar donde brotar, el toro bravo tiene un sitio donde nacer (§11). A partir de ese momento, el matador atribuye una importancia determinante en la bravura al régimen alimenticio, a la composición única de los pastos que crecen en las zonas donde, desde la Antigüedad, pastan las reses de lidia. Sánchez Mejías estaba convencido de que la fiereza del toro se la da la hierba que nace del suelo, de un suelo concreto, perfectamente acotado, de nuestra geografía nacional. Ignacio se muestra tan convencido de la relación entre bravura y alimento que llega al extremo de afirmar que cuando



Lám. n.º 5.- En un herradero. Ignacio fue un gran aficionado a las faenas vaqueras –herrar, acosar, tientas– y a los deportes del campo andaluz como, por ejemplo, correr liebres (archivo familiar).

una ganadería es trasladada de un lugar a otro, dentro de la misma España, corre el riesgo de que, a las siguientes generaciones, sus toros dejen de acometer: la ganadería de reses de lidia así desterrada se vuelve, con el tiempo, mansa. En los fragmentos de la conferencia de Sánchez Mejías que han llegado hasta nosotros esta idea se repite en varias ocasiones, incluso invierte el argumento para afirmar que si el ganado «norteamericano» se llevase a Andalucía, «en veinte generaciones embistiría como si fuera un *miura*» (§11)⁵.

Sánchez Mejías se detiene más en el caballo del picador que en el del rejoneador y sin extenderse demasiado sí lo hace lo suficiente como para que intuyamos la simpatía que le tiene y la importancia que le concede; afirma, por ejemplo, que en la Tauromaquia andaluza los hombres y los caballos pactan contra los toros hasta la muerte (§2). Pero no se interesa tanto por el brillante espectáculo del rejoneo cuanto que por las faenas más humildes con la «garrocha»⁶; incluso, cuando explica el gran toreo se interesa más por la garrocha que montan los picadores que por el caballo que cabalgan. La *garrocha* es el instrumento que señala, al herir suavemente al toro en el declive del morrillo en medio de su asesino cornear, el sitio de la muerte (§4). Pero esa herida se transmuta, con las palabras de Ignacio, en la puerta de un túnel que hace posible el recorrido, esotérico y poético, por debajo de la Muerte hacia la Vida. La cruenta herida en el

⁵ Para la relación entre pastos y toro bravo ver Martín Vicente (1998: 111-134).

⁶ Ver Ramos Paúl (1999), que le dedica unas páginas muy interesantes sobre el desarrollo de la monta a la vaquera y la invención del ganado de lidia, exponiendo, muy convincentemente, cómo ambos universos se solapan y corresponden.

morrillo del misterio es el inicio de una vereda, de una angosta senda, que irá con la faena abriéndose, haciendo posible el dramático recorrido hacia el Ser. Con estas palabras Sánchez Mejías proclama el carácter iniciático de la corrida de toros. No será tan sólo un combate entre el hombre y la fiera, ni tampoco la construcción instantánea de una obra de arte sobre un espacio imposible, sino, mucho más allá, el símbolo total de la existencia humana (§4).

La Tauromaquia, así interpretada, se convierte en el símil más dramático de la construcción consciente de la vida, de la técnica más alta y depurada para la conquista de la plenitud del ser del hombre. «Tauromaquia –dirá Sánchez Mejías– es la ciencia de la lidia del toro que es la ciencia de la Vida» (§11). Así lo enuncia, desde el comienzo de su famosa disertación: «saber torear, en suma, es saber vivir» (§Preámbulo). Aquí me parece escuchar el gusto por la paradoja que tan sabiamente cultivaba Bergamín, uno de los amigos de Sánchez Mejías⁷. Así, frente a los «hispánicos» –pueblos de lidiadores–, el matador sitúa a los países de civilizaciones «indefensas». Indefensas, naturalmente, por carecer de Tauromaquia, esto es, por ignorar la ciencia del toreo, «la auténtica y verdadera ciencia de la vida» (§11).

El primer movimiento continental de toros se lo atribuye a Don Quijote pues, hablando metafóricamente, el ingenioso caballero fue el primero en descubrir que «el mundo tenía la forma del ruedo, que el mundo era redondo por los cuatro costados. Y como sabía torear, cuando vio que el toro le comía el

⁷ Bergamín le dedicó a Sánchez Mejías *La estatua de don Tancredo*, incluida en su *Arte de birlibirloque* (Madrid/Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1961). Existen de este curioso texto otras ediciones más recientes.

terreno lo cambió de tercio o medio, más claramente, lo pasó de la mitad vieja del mundo a la otra mitad: lo trajo al Nuevo Mundo» (§12). En nuestro tiempo, confiesa Ignacio, la pérdida de terreno de Don Quijote es la contrapartida lamentable del avance, de la moderna ciencia positiva. Don Quijote parece sucumbir frente al pragmatismo económico, frente a la tiranía estomagante de Sancho Panza, en fin frente al triunfo de de la mentalidad los países protestantes del Norte.

La Tauromaquia, «verdadera ciencia» será, sobre todo, arte y técnica de luchar y vencer sobre la Muerte. Si el arte de torear consiste, al principio, en burlar la acometida del toro, la Tauromaquia es la ciencia que, engañando a la Muerte, afirma, espectacularmente, la Vida. Enseña a evitar el peligro, a sortear el riesgo, a disminuir la amenaza, a triunfar contra las potencias negativas que ponen en peligro la frágil permanencia de la vida de cada cual. Así pues, frente a la inminencia de la muerte, es preciso dominar su peligro con habilidad y sabiduría, con emoción y superioridad, con arte y con ciencia. Esa es la enseñanza que intenta transmitir a sus alumnos norteamericanos el insigne matador: la Tauromaquia constituye la vía angosta, difícil y secreta, la única vía por la que se alcanza la plenitud de la existencia y porque, al fin y a la postre, sólo la vivencia del riesgo descubre el intenso y verdadero sabor de la vida.

Definida la Tauromaquia como ciencia de la Vida y táctica del tránsito hacia la plenitud del Ser, voy por último a detenerme, con Sánchez Mejías, en la defensa que hace de su profesión frente a enemigos y detractores. En la Universidad de Columbia, Ignacio, recordará, que fueron los teólogos salmantinos, frente al Pontífice de Roma, los que salieron en defensa de nuestra Tauromaquia. Fray Luis de León fue encargado por la Universidad de Salamanca de escribir la defensa teológica

de la fiesta (§12). Era lógico, pues, como nos revela Ignacio, que las normas de torear «las dictaron los ángeles» y, por el contrario, las de embestir, el Diablo, por eso cuando alguien torea a la perfección se dice que «torea como los ángeles» y cuando un toro embiste con mala intención se dice que «es de la misma piel del Demonio» (§12). Para Sánchez Mejías, como he procurado explicar, el toro es la representación del Demonio y, como último argumento, recurre al de su suegro –Fernando, *el Gallo*, otro memorable matador–, el cual aseguraba que aquel que, en el instante de la suerte suprema, no imprima un movimiento exacto de la muleta y del estoque que consiste en hacer la cruz con ellos, se lo llevará el Diablo, esto es, será prendido por el toro. Matar al Demonio, matar al toro bravo, matar a la Muerte, que son todas una y misma cosa constituye, según Ignacio Sánchez Mejías, el verdadero secreto de su Tauromaquia fundamental.

BIBLIOGRAFÍA

Alberti, R. (1975): *La arboleda perdida*, Barcelona, Seix Barral.

Alcázar, F. M. (1999): *Sánchez Mejías. El torero y el hombre*, present. del Conde de Luna, intr. de P. Romero de Solís, pról. de G. Corrochano, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos y Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

Amorós, A.: *Ignacio Sánchez Mejías*, Madrid, Alianza, 1998. Col. «El Libro de bolsillo» n.º LP 7800.

Corrochano, G. (1993): *La edad de plata del toreo*, Intr. de A. Amorós, Madrid, Espasa-Calpe, Col. «La Tauromaquia».

Cossío, J. M.^a (1987): *Los Toros*, Madrid, Espasa-Calpe, 11 vols. y varias eds.; ver t. II págs. 875-881.

García-Ramos, A. y Narbona, F. (1988): *Ignacio Sánchez Mejías dentro y fuera del ruedo*, Madrid, Espasa-Calpe, Col. «La Tauromaquia».

Martín Vicente, A. (1998): “Naturaleza de los toros bravos”, en *Revista de Estudios Taurinos*, n.º 8, págs. 111-134.

Ramos-Paúl, L. (1999): *Sentir ecuestre*, próls. de A. Dewewer, F. de Parias, M. Orta, A. Colestre, D. Fisher, J. Brillas, S. Bastida, M.^a Infante da Camara, M. Fondón, M. Muñoz, J. Murruaga, C. Frejeiro y M. Carvajal, Sevilla, Lettera, La Cultura del Caballo.

Romero de Solís, P. (1987): “Un torero en Nueva York. Sobre la conferencia de Ignacio Sánchez Mejías en la Universidad de Columbia” en *Quites*, n.º 6, Valencia, Diputación Provincial, págs. 13-20.

Sánchez Mejías, I. (1987): “La Tauromaquia. Conferencia pronunciada en la Universidad Columbia de Nueva York en 1929”, ed. de P. Romero de Solís, en *Quites*, n.º 6, Valencia, Diputación Provincial.